



XXX.

SOCIALISMO INCONSCIENTE.

Pasó la noche del 15 de Septiembre como pasan para la ciudad de México todas las noches de esa fecha: "en un grito." De ordinario, la muchedumbre mexicana no manifiesta. Chifla al cohetero en las pirotecnias; chifla y aúlla en los toros; vocifera en alguna rarísima sesión de la Cámara; pero para probar que esas no son más que desviaciones de su normalidad, se recoge habitualmente en una calma chicha.

Cuando algún periódico dice: "La multitud aclamó a su paso al egregio Fulano," no hay que tomarlo a la letra. Se trata de una mentira cortés en honor del egregio. La multitud mexicana, indiferente y pasiva, no aclama a nadie; chifla, como durante la pirotecnia, hágalo mal o

LIBRARY OF THE
CIVIL ENGINEERING
DEPARTMENT
UNIVERSITY OF TORONTO

bien el cohetero. Cuando, por acaso, un grupo de claque aclama, la masa guarda un silencio irónico o lo secunda con los “vivas” lánguidos de alguien que se va a acostar.

A acostarse va, en efecto, todas las noches, entre nueve y diez; pero la del 15 de Septiembre se echa a velar gritando. Grita “vivas” que varían ligeramente, según las épocas. El “viva la Guadalupe!” y “mueran los gachupines!” fué de los primeros 15. Después vinieron otros “vivas” y “muera.” En el 15 de 1897, reciente la guerra de Cuba, se gritaba todavía, como en el precedente: “viva Cuba libre! y muera Weyler!” Asociado con este “muera” que expresaba el odio a la dominación española en la gran Antilla, resonaba ¡oh incoherencia! el tradicional “mueran los yankees!” sin estimar en nada la intervención libertadora, en la isla tabacalera, del vecino tío Samuel.

Es que a través del año la recua popular sufre en silencio la garra extranjera. El extranjero la invade por mayor; le lleva lo mejor del suelo y del subsuelo; pesa enormemente en la política y en la administración. . . . ¡Silencio en las filas todo el año! Pero la noche del quince septembrino se desahoga. . . . en mortandades verbales de grupos exóticos, hecatombes vocingleras de gringos.

Como en los precedentes, en aquel 15 la “grin-

gofobia” se apagó con los últimos “mueran los gringos!” a las cinco de la mañana del 16.

A esa hora resuenan los veintiún cañonazos de la “salva” matinal, y el pueblo enronquecido se dispersa: unos van a dormir en sus tabucos de vecindad; otros duermen por calles y plazas, en cuclillas o sentados en bancos. De este número era el peladín Arnulfo Arroyo que, con la barba pegada al pecho, “dormía la mona” en un banco del Zócalo. Toda la noche había ejercitado sus cuerdas vocales con trocitos de zarzuela, “vivas” y sobre todo “muera.” El “viva la Independencia!” era su favorito; por lo mismo que se sentía muy dependiente.—“¡Mueran los gringos!” ¡mueran las comisarías!” “muera la cárcel!” “¡mueran los caciques!” y otras incoherencias. Al alcohol de las cantinas sucedió el de una botella depositada piadosamente entre piel y camisa. Cuando despertó de la dormilona cerca de las siete, su primer movimiento fué sacar la botella y apurar un fondito.

El sol, levantándose en un cielo límpido, inundaba de luz la gran plaza, la catedral y el palacio—vetustos albergues de la Religión y el Gobierno, en que ondeaban banderas,—el pavimento marmóreo sucio de bagazos, cáscaras y otros detritus, el Mercurio en bronce, de pies alados, lan-

zándose a volar enfrente del ebrio. Hormigueaba la plebe, y el enjambre de billetteros y papeleros empezaba su profesional persecución. Voceaban el premio gordo del 16 y el programa de la fiesta. Premio y fiesta no le conmovían. El “gordo” no era para él, que carecía hasta de los cincuenta centavos, minimum pecuniario correspondiente a la fracción mínima (un vigésimo) de billete. La fiesta no era tampoco para él, privado de empleo, sino para ellos, los “caciques.” El cacicazgo era, en la fantasía de Arroyo, algo como la bíblica escala de Jacob por cuyas gradas, los bienaventurados, poseedores de empleos de cien pesos, subían al asalto de los de quinientos. A medida que llegaban a la cumbre, el Caudillo, en una nube, recibía sus profundas reverencias.

—“La Vindicta Pública!,” “El Justiciero!” vociferó un papelero sacudiéndole en la nariz su rollo impreso. Arnulfo murmuró una injuria, despechado de no tener ni unos centavos para pagarse un rato de lectura. Pero en rápida ojeada pudo percibir retratos que le parecieron de Hidalgo, Juárez y Porfirio Díaz.

Sin leer, adivinó las tiradas elogiosas, los sentimentales clichés que reproducía a cada fiesta un patriotismo circunstancial. El ebrio se rebelaba contra toda glorificación; no aceptaba la

gratitud hacia los caudillos. . . . ¿Qué agradecerles?—Si se habían elevado a lo más alto de la escala, no era sino porque todos los pobres diablos como él les habían servido de escalones.

En su mente de letradito decaído, el escepticismo fermentaba en agruras. Las nociones mal recojidas en la época estudiantil, los paladeos a la Lógica y a la Filosofía Positiva en la Preparatoria, las iniciaciones a la chicana legal en la Escuela de Jurisprudencia, le producían, con una gran idea de sí mismo, un profundo desprecio por las convenciones reinantes.

Particularmente le escocían los himnos en prosa a la felicidad de la patria. Poco le importaba que el himno tomase la forma de demostración numérica; que argumentos en cifras probasen la felicidad del pueblo, porque las aduanas recojían más dinero que antes . . . De todo el movimiento aduanal una sola partida le había llamado la atención en sus juveniles excursiones por la Estadística: era la de los licores importados. No podía olvidar que los respectivos derechos formaban una de las cifras más halagüeñas para el Erario. De allí, por una fácil pendiente deductiva, se deslizaba a acusar al Gobierno y al Presidente, de su propia intoxicación

por bebidas adulteradas. Las simientes de lógica escolástica, cayendo sobre ciertos cerebros, engendran conclusiones terribles contra el Estado instructor. . . .

Arnulfo Arroyo no había robado el apellido. Era el hombre del arroyo, el arroyo hecho hombre, desbordándose en corriente de vagancia a la orilla de las aceras.—Hay vagabundos mecánicos que van por campos y ciudades con el alma tan vacía como la bolsa. El *tramp* yankee, el *cheminot* francés no piensan más que en animalías: comer, beber, andar y dormir. Pero cuando el vagabundo ha recibido “los beneficios de la educación” sufre los estragos de una doble degeneración, intelectual y física. Es fantástico y débil. La musculatura se le atrofia al propio tiempo que su idealismo se resuelve en convulsiva parálisis. Ya no es el hercúleo Juan Valjean, en potencia de propia redención, devorando kilómetros con sus zuelas agujereadas. Apenas se mueve; casi siempre estaciona. Es guardacantón de esquina, pilar de taberna, estatua sedente de banca pública. Es Arnulfo Arroyo, vagabundo iluminado, víctima consciente del medio social, que desfallece de ocio en la plaza mayor, clamando al cielo por trabajo.

—Ay amigo! A nosotros no nos regeneró la

revolución porfirista. . . . aunque tú te hayas metido a “soplón” con peso diario.

El amigo confidente era Antonio Milanés, gendarme de fresca data, que aquella mañana se detuvo a saludarle y se sentó a su lado. Estaba “franco” y “de paisano,” dos circunstancias que le permitían abandonar el garrote autoritario y fraternizar con el bohemio. Conocido es del lector de esta historia Antonio Milanés, víctima de la descomunal “trompada” de aquel furibundo Berlinguez que se retiró triunfalmente con Velázquez mientras su pobre humanidad de “tromeado” pasaba entre gendarmes a la 5ª. Desde tan triste aventura, el estudiante de Medicina decayó velozmente. Su carácter se agrió; ya no se le vió sonreír ni participar en las alegrías de sus compañeros de estudio. Algunos, amantes de triunfos fáciles, quisieron renovar sobre él la hazaña pugilística de Berlinguez. Milanés se armó; aun puso a raya a un forachón, con imponente navaja catalana. Por ende ganó fama de “malo.” Se aisló. Faltó a las clases, “antros de la injusticia escolar, tan negros, decía él, como los juzgados, antros de la injusticia jurídica.” Se replegó a las cantinas y halló en las copas el secreto de una alegría estúpida, no tanto, en su sentir, como la tediosa langui-

dez de una sociedad cuya animación suprema se sintetizaba en el monótono paseo de 7 a 8 de la noche en las calles de Plateros y San Francisco.

Breve: que Milanés “destripó” de la Medicina, como Arroyo lo había hecho de las Leyes, con la diferencia de que Arroyo se echó a la vagancia pura y simple, mientras Milanés se dió de alta en la policía del Distrito. Flojamente desempeñaba su oficio gendarmeril aprovechando todas las oportunidades de salir *franco*.—Con tal franquía, despojado de su uniforme, se había paseado la noche del 15, sabiendo que la del 16 tenía que emplearla en servicio del orden público. . . . No era esta posición oficial del uno, motivo de separación entre los dos amigos. Ambos derrumbados de la intelectualidad, ambos “crudos” de la borrachera nocturna, se inspiraban en la comunidad de situaciones para filosofar sobre la vida.

—De veras! A mí no me regeneró la revolución porfirista, corroboró Arnulfo Arroyo; y vaya que ha regenerado a otros! A los ladrones de caminos y veredas, los hizo “guardias rurales.” Regeneró a muchos licenciados y médicos políticos haciéndolos diputados mudos. . . . Pero ¿a mí qué?—Yo sigo la suerte de los rateros no

regenerados. Nos llevan a la cárcel de Belén, y de allí salimos peores. . . . ellos a robar; yo a beber más fuerte. Si al menos, en la prisión, nos enseñaran algún oficio: que saliera yo de allí talabartero, sastre. . . . algo que regenere.

—Dicen que se va a abrir la Penitenciaría, repuso Milanés; y que habrá talleres.

—Pero allá no pasarán más que los de larga condena. Los borrachos nos quedamos en las zahurdas de Belén con los rateros. . . . Será preciso que haga yo una *gorda*.

Hubo un rato de silencio. Meditabundos entre el gentío, los dos bohemios, con sus pantalones de bordes carcomidos, sus chaquetillas raídas, sus fieltros aplastados, guardaban la contención de dos filósofos cínicos dialogando en el ágora de la antigua Atenas.

Habló Milanés:

—Yo, desde la trompada de Berlinguez, he ido para abajo. Cuando salí de Belén, le mandé a Robles y a Figueroa para que lo desafiaran en mi nombre. El envió sus padrinos a un escribano que hizo actuar mi provocación. Me acusó de *tentativa de duelo*. Por estos tiempos las querrelas se ventilan en juzgados ante curiales que tratan al honor como una antigualla legal.

—¿Qué te dijo el juez?

—Que no estábamos en la edad caballeresca.

—¿Y qué le *dijistes*?

—Que estábamos en la edad caballuna. Triunfa el que tiene más fuerza para dar una coz.

—¿Y qué te dijo?

—No me dijo nada. Me metió de nuevo a la cárcel. Cuando salí no tuve más que buscar cualquier empleo. Al fin, me he dado de alta en la policía, ¡maldito oficio!

Levantóse Arroyo, con el puño crispado, al influjo de vago cosquilleo. Terminó el debate en la cantina próxima, la de Peter Gay, esquina de Plateros y Mercaderes, ante unas copas que costeó Milanés.

Sin saberlo, los dos bohemios eran socialistas, engendros fatales de un socialismo rudimentario, único posible en el país y en la época. Mientras, en sociedades maduras, las aspiraciones y vindicaciones se formulan y organizan, en pueblos nacientes apenas si alcanzan a expresarse, mal articuladas. En los campos, el socialismo agrario resulta bandidaje; en las ciudades, una plebe truhanesca practica el comunismo por la vía del hurto, vulgo “ratería,” con sus dos legiones rateras de calle y de casa. Frente a tales plagas, los dichosos poseedores (*beati possidenti*)

glorificaron la autoridad ilimitada, unitarista, referida a una sola voluntad y un solo jefe. En nombre de esa autoridad, algunos rústicos fueron ahorcados, algunos ciudadanos echados a envilecerse o a morir a través de prisiones sucesivas. Reducidos a cero, los socialistas fatales, se resignaron a una insignificancia bestial con tal de tener alcohol todos los días y toros cada domingo.

Entonces la pequeña minoría de “dichosos poseedores” creyó llegada la hora de proclamar que no había cuestión social en el más feliz de los países. Fueron más allá que el Caudillo. Este sólo creía en haber influido, con otros coautores y otras concausas a la evolución general, proveyendo al país de lo más necesario. Ellos aseguraron que él por sí solo, había dado todo lo necesario y hasta lo superfluo. Al que, viniendo de medios más avanzados, señalaba la vasta desnudez territorial, la miseria moral de las recuas poseedoras alternando con la miseria material de las pobres. . . . a ese se le invitaba al silencio con ironías fáciles. Si no callaba, se revelaba feroz el fanatismo de las oligarquías.—“Insultáis al Caudillo,” decían, forzando la alusión. Y como el Caudillo no se reconocía aludido:—“Insultáis a su primo, al hermano de la cuñada de su tío,

Capitla de la ...
BIBLIOTECA DE LA ...

a su comadre del último bautizo". . . . ¡Dulzuras del poder concentrado!

Es achaque propio de ciertos grupos que circundan el poder de un dictador el querer ofrecerle víctimas. Los impele una fuerza retroactiva tendiendo a restablecer las antiguas inmola- ciones en aras de un dios. En México la susti- tución de víctimas humanas a corderos, terneras, gallos, etc., reviste el carácter de un hecho an- cestral. Los aztecas que desvisceraban hombres sobre altares traquíticos al advenimiento de un tirano, tuvieron sus herederos en el grupo del Inspector Velázquez y socios. Constituido en ca- mada lobuna, ese grupo espiaba desde su guarida, asechaba víctimas propicias. Ah! ¡Si hubie- se existido en México el socialismo con su dege- neración anarquista! ¡Cómo se habrían echado sobre él aguzando el colmillaje! Declarar facine- roso al soñador de utopías, anarquista militante al reformador libertario, llámese Savonarola o Francisco Ferrer, es la obra favorita de los gru- pos sacrificadores. Pero en México no había en aquel tiempo nada de eso; no había más que aquellos dos esbozos vivientes de socialismo que en la mañana del 16 de Septiembre, tomaban su desayuno alcohólico en el Bar-room de Peter Gay, cantinero alegre como su nombre inglés,

cubierto eternamente, tras de su mostrador, con una gorra turca.

Arriba estaba la llamada "intelectualidad;" debajo la indiada y la plebe. El socialismo, no pudiendo salir de éstas, salía de los intelectuales decaídos, y encarnaba en las personitas de los dos "destripados" de Jurisprudencia y Medici- na. Socialismo infantil, en vano le hubiérais pe- dido un programa de acción. Todo su impulso vindicativo se condensaba en una violencia sim- plista: "la trompada." Pero existía una diferen- cia en la forma bajo la cual cada bohemio con- cebía la aplicación del "puño cerrado." Provenía de las tendencias divergentes que dejaron en sus espíritus los estudios abandonados. El estudio del Derecho permite el libre juego del espíritu so- bre realidades movedizas, convicciones, oportu- nismos, en tanto que la Anatomía y la Fisiolo- gía, bases de la Medicina, requieren un apego absoluto a seres y hechos, órganos y funciones, todo objetivo, nada arbitral. De allí que el de "Leyes" fuese fantástico y el de Medicina ana- lítico. Por un subjetivismo megalizante, Arnul- fo se creía grande en su miseria y osaba contra lo grande: quería "trompear" al Caudillo!

—A mí no me duele que nos mande un hom- bre de tamaños, observó Milanés, empuñando

CAPILLA ALFONSO GARCÍA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO

con la izquierda su segunda copa de ginebra en tanto que meneaba la derecha como si, armada todavía del escalpelo de otros días, fuese a atacar una región anatómica.—“Al mando de un jefe como él, se va a cualquier parte, hasta al pesebre. . . . Pero él tiró la bola y la deja rodar. . . . Luego vinieron otros a tomarla: viejos ex-traidores, avaros de manos vivas y filántropos de manos muertas, unos cuantos frailes golosos, extranjeros perniciosos y yernos diputados. . . . Que nos manden esos; es lo que me duele.” Y esgrimíó el puño contra el montón ideal, no de un sólo golpe, como Arroyo, sino en giro circular.

—¿Yernos? . . . También las suegras mandan, hizo notar el cantinero Peter Gay surgiendo en la discusión con su gorra turca, y prosiguió:

“Dicen que Doña Toribia Riechi quita y da empleos, Doña Pancha Escajadillo de Borones influye en los negocios de aguas; Doña Anacleta Tresillo de Pimienta.

—Brindo por ellas, interrumpió Milanés con galantería heroica y apuró el ginebra.

Ensimismado, Arnulfo Arroyo salió a la calle con el aspecto de un infeliz que va a cometer una barbaridad.



XXXI.

LA TROMPADA AL CAUDILLO.

Se echó a vagar por la Avenida de San Francisco y Plateros en dirección a la Alameda. Oyó toques de cornetas, marciales redobles. Se sintió barrido por la caballería, empujado a la acera, tras una valla de soldados que presentaban armas. Avanzó escurriéndose. Los bien vestidos, los de la recua endomingada, se apresuraban a dejar el paso libre a aquel andrajo vivo envuelto en grasientos andrajos, aquel rostro citrino de barba inmunda, sudoroso de alcohol. Se daba él cuenta del asco que inspiraba, y en el fondo de su delirante grandeza, ideas de miseria sobrevenían, intercurrentes. Al paso por el Jockey Club, vió la puerta salpicada de jóvenes quintesenciales cuya principal ocupación

CAPITULO XXXI
LA TROMPADA AL CAUDILLO